

de poblaciones y casas; llegamos á Jersey-City; es la misma ciudad de siempre, lo que hemos visto en todas partes.

Tomamos el *ferry*, bogamos en dirección de un hacinamiento indefinido, que llega hasta donde llega la vista, de construcciones que manchan el cielo puro; todo eso acaba delante de nosotros en una punta: á ella nos vamos acercando. Lo que nos fija é hipnotiza es una cúpula de cobre dorado, muy alta. ¿Qué es esto? ¿un templo, una torre? Es la cúpula de la casa del *World*, me dijo el amigo que nos había recibido. Y el *ferry* atracó en Nueva York.



LA CIUDAD-IMPERIO

El paso del *ferry* á la tierra firme se hace insensiblemente: cree uno pisar el barco todavía, y ya va andando sobre el pavimento de madera de una estación. De mí sé decir, que hasta que no salí á una calle y subí á un carruaje dispuesto de antemano por un viejo y buen amigo nuestro, no desapareció la sensación, á un tiempo angustiosa y voluptuosa, que resiente todo el que *va sobre las aguas*.

Persistió más todavía en mi cerebro la imagen de la cúpula de cobre del *World*; la veía dominando el ilimitado picadillo de construcciones que en una masa clara, hecha de ángulos de piedra encaramados unos sobre otros, se extendía hasta más allá del alcance de nuestra vista. Con trabajo y sin éxito, mientras nos distribuíamos en los carruajes, procuraba fijarme en detalles y quitar de delante de mi ocular aquella placa en que se había fijado el total instantáneo de esta monstruosa Nueva York que, en poco más de medio siglo, ha devorado ochenta ó noventa millares de kilómetros cuadrados de su isla de *Manhattam*, para amontonar dos millones de habitantes.

Por fin nos pusimos en marcha; dejamos atrás un laberinto de tortuosas callejas, empaquetadas entre muros cuyas cornisas superiores era imposible ver desde el coche, pero que con frecuencia nos mostraban en bruscos y grandiosos relieves, ya una sucesión sombría de columnatas romanas, ya de pórticos griegos, ya de pilastras góticas, ora de basalto, ora de pórfido, de granito ó mármol; pero todo obscuro, todo silencioso, todo triste.—Broadway, me dijo mi compañero de carruaje, un mexicano germano, aclimatado en Nueva York.—¡Broadway! una de las primeras arterias mercantiles del mundo, ¿este es Broadway? (literalmente, *vía ancha*).—Cierto, esto es muy grande y muy extraño. Estrecho algunas veces, anchísimo otras, cortado por parques ingleses alfombrados de verde, sombreados por árboles muy altos, muy gráciles, muy melancólicos, y sembrados de estatuas de bronce muy serias y muy insignificantes, Broadway *diagona* la ciudad de un vértice á otro, perturbando graciosamente la regularidad matemática de sus calles y avenidas, engendrando *blocks* aquí en forma trapezoidal, y más allá en diminutos y ridículos prismas triangulares. ¡Qué enormidad! Una, tres, cinco millas, y la sesga y silenciosa vía no termina; y es monótona al cabo. Por todas partes pequeñas tiendas cerradas, embutidas en altísimos muros; á cada momento estatuas de madera pintarrajeadas junto de las puertas bajas en que se expende tabaco; frecuentemente empinados sitaliales, colocados en la acera, en donde los transeuntes se hacen dar betún con una formalidad monumental, y todo ello sigue y sigue. Porque nada acaba aquí; se perciben sin cesar los montones de *blocks* que comprimen la vía por donde transitamos. ¡Y qué altura la de esos *blocks*! Parece la superposición de dos ó tres ciudades de varios pisos cada una.

¡Y qué soledad! En los wagones funiculares (arrastrados por un cable de acero escondido en el piso), y allá arriba, en los *elevados*, transita alguna gente; pero en la calle casi nadie. ¿Qué ha sucedido? ¿Por qué está abandonada esta ciudad? ¿En dónde están los habitantes? preguntaba en tono elegiaco. ¿Se los

ha tragado la tierra?—No, respondía mi compañero: la cuarta parte de la población está en el campo, la segunda cuarta parte está en el templo, la tercera en su casa y el resto en las cantinas (que están cerradas). Es domingo.

*

Después de más de dos horas de carruaje, llegamos aburridos y tristes á nuestro confortable y elegante hotel, en la 7ª avenida, muy cerca del Parque Central (Grenoble Hotel). Comimos, charlamos, nos instalamos, y hundidos en sendos lechos mullidos y calientes, cada uno de nosotros se encerró en sus recuerdos, rumió sus impresiones, y durmió ó no durmió. Yo á las tres de la mañana tomé un baño de agua fría, á las cinco otro de agua tibia, y así lo hice casi todos los días. Poco después, llevando ya en el estómago el zumo de dos ó tres racimos de esas uvas californianas, tan largas, tan apretadas, tan cristalinas y de tan lustroso envero, y medio litro de leche helada, salí á vagar con mis compañeros. Programa: bajaremos por la 5ª avenida, hasta donde podamos; tomaremos ahí el ELEVADO (*the L*, dicen los *yankees*, que son una máquina de simplificar, en movimiento perpétuo) y loncharemos en *Down-Town*, en la ciudad baja.

*

La delicia de perderse en una gran ciudad desconocida, no es dada á un viajero en New-York. Las avenidas cortan la ciudad á lo largo, 9 ó 10, no recuerdo; y las calles á lo ancho, en número de más de doscientas, comenzando la primera en los límites de la ciudad vieja, allá abajo, en la base del triángulo que forma la punta de la isla. Nadie puede perderse; le basta leer en la cinta de los antiguos faroles de gas, de que apenas los armazones quedan, el número de la calle y de la avenida, para orientarse. ¡Es singular que en este municipio de New-York, uno de los más ricos del mundo, y en donde se ha gastado y robado tan

to, no haya sobrado un millar ó dos de *dollars* para placas indicadoras!

Las calles se parecen todas; he aquí el tipo que más se reproduce: grandes edificios, monumentales por sus dimensiones; ocho ó diez pisos con frecuencia; ningún balcón; ventanas todas, con dos bastidores de cristal que suben ó bajan deslizándose por correderas paralelas: nunca puede abrirse más que media ventana, ó la parte de arriba ó la de abajo; unos dos ó tres metros sobre el nivel de la acera, una serie de bonitas y pequeñas vidrieras: son las puertecillas de aquellas casas enormes, que tienen casi uniformemente un ancho de siete á ocho metros. Resultan, pues, series de torreones contiguos; mas como todos están construídos según el mismo patrón, parecen palacios del tamaño de un block cada uno. De la puertecilla se baja á la calle por una escalinata de piedra con grandes balaustradas; todo, casas y escaleras, de color de chocolate claro. Entre dos escaleras, el fondo de la acera está abierto, y por ahí recibe luz, cuando la recibe, el primer piso subterráneo en donde están el comedor y otras dependencias domésticas. El segundo piso subterráneo, siempre iluminado con gas, á veces recibe luz por el andén de la acera, en donde suelen substituir á las losas grandes placas de vidrio; á través de ellas puede el transeunte ver las cocinas, las calderas de los elevadores, calefactores, etc.

Desembocamos en una vía anchísima, que la altura y la robustez de los edificios que la bordan, hacen parecer estrecha; estábamos en el centro de la *Quinta Avenida*. Empieza allá abajo, más allá de nuestro horizonte; sube á lo largo del Parque Central y no termina: terminará donde termine New York, que ya rebasó su isla; pero, ¿New-York terminará en alguna parte? O seguirá á lo largo del Hudson y hará del Champlain uno de los lagos de su futuro *Central Parck*, y desembocará en el Canadá, que será entonces parte de la Confederación Americana? Quién sabe; mas cuando esto suceda, los Estados Unidos, después de un tempestuoso período de monarquía, ó mejor dicho, de cesarismos socialistas y demagógicos, habrán vuelto á su equilibrio

republicano, formando una confederación compuesta de grupos federales independientes, de verdaderas naciones; entonces nosotros, que habremos crecido más lenta ¡oh! sí, más lenta, pero más sanamente (*chi va piano va sano!*), veremos qué partido tomamos; ¡oh, lo hemos de pensar mucho! Si alguno no cree en esta profecía, tómese el trabajo de vivir cuatrocientos años.

*

No se puede negar; la primera impresión es soberbia: ¡Ah, si vieras la calle de Rivoli! ¡oh, si conocieses la Avenida de los Campos Eliseos; si hubieses recorrido el *Ring strasse* de Viena! me decían mis compañeros. . . . Entretanto yo, que no conocía más que la «Avenida de los hombres ilustres,» hacía un esfuerzo para no permanecer boquiabierto, mientras mis amigos iban á rezar á San Patricio. Es un encanto esta iglesia de San Patricio, la catedral católica, viuda en aquellos días de su Arzobispo, que estaba en México coronando á Nuestra Señora de Guadalupe y sirviendo de corista en la apoteosis de Juan Diego, personaje tan real, gracias al poder creador de la imaginación del pueblo, el supremo poeta anónimo, como el Guillermo Tell de los suizos. A éste y á aquél los inventaron los monges; pero á éste, á Juan Diego, en la actitud en que querían los misioneros eternizar á la raza conquistada, protegida por la reina de los cielos, que convirtió la tilma indígena en una égida fulgurante capaz de embotar todas las codicias y avideces de los encomenderos, y de rodillas ante los frailes sus bienhechores.

En el centro de amplísimo ándito, tapizado con la felpa verde de deliciosa gramínea inglesa, se alza solo, soberbio y puro, el templo gótico que la piedad fastuosa de los irlandeses, que ayer se disputaban unas patatas y hoy derrochan millones, ha erigido á su patrono nacional, al santo misionero que es la personificación legendaria de su fe y su esperanza, de la religión y de la patria. La blancura del marmol, la elegante sobriedad de los apoyos exteriores de las bóvedas ojivales, la fantasía de la orna-

(Estos son
sinvergüenzados
y no merecen
caso hacer cosas
alrededor de
antiguadalupe-
patrisimo)

mentación, la fragilidad aérea de los muros diafanizados por vitrales gigantescos, la elevación sublime de las flechas orladas de mármoleo encaje, obligan á poner en olvido la extraña forma de monstruosa arácnida de piedra que tienen los templos góticos. Lo verdaderamente arrobador en esta iglesia de San Patricio, es la suavidad con que las líneas convergen todas desde las bases al extremo de la flecha, que la imaginación continúa en una línea ideal en lo infinito. Es una plegaria, como se ha dicho de estas maravillosas creaciones de la arquitectura ojival, pero una plegaria mansa y serena; no es un doloroso miserere, es un plácido y solemne *Te-Deum*. Los arquitectos que esto ejecutaron no eran esos monges inquietos y llenos de fe mística, pero en perpetua lucha con el infierno en el interior de su alma; no eran esos arquitectos de atormentado espíritu que intentaron hacer de un edificio inmenso una pirámide aérea maravillosamente calada y ornamentada con todas las quimeras y todos los demonios y todas las deformidades del pecado, trepando en forma de esculturas convulsivas por los arbotantes y abriendo sus fauces sobre el abismo en las gárgolas y riendo en los doseletes de los santos, mientras adentro se sucedían en una mirífica epopeya, todas las fases del combate entre la luz y la sombra, ensangrentado aquí, divinizado allá, por las claridades que filtraban del rubí y del zafiro de los vitrales. No, aquí no; en esta catedral hecha con lo mejor de todos los estilos del arte gótico, no hay lucha, hay triunfo; la luz que domina en el interior es la de la amatista episcopal ó la del topacio que rodea de oros de apotéosis las madonas, los tabernáculos y hasta las cabezas argentadas y los rostros floridos de dos ó tres irlandesas que hacen crujir los reclinatorios bajo el peso de sus cuerpos atiborrados de roastbeefs y de margarina de Chicago. ¿Qué es lo que falta aquí, ¡oh! San Patricio? Nada, todo; falta el tiempo, falta la pátina de los siglos, esa que quitará á esta catedral magnífica, su aire de haber salido ayer de una fábrica de catedrales, ¿qué sé yo? la historia, en suma; esto es lo que falta aquí. Dentro de ochenta años, cuando los anarquistas y los negros hayan degollado cien ó doscientas

familias de millonarios irlandeses en las gradas de San Patricio, el vapor de sangre que suba por estos muros, dando al mármol un tinte color de rosa, trágico y delicioso á un tiempo, habrá convertido este costoso ejemplar de la industria humana, en una obra de arte.

*

Líbrenos el cielo de que horrores como este que acabo de profetizar, esmalten de rojo algún día el libro de oro de San Patricio. Me tranquiliza que ninguna profecía mía ha salido cierta, porque no he sabido vaticinar *después*, que es la mejor receta para predecir lo futuro.—Pensaba en esto viendo sucederse las magníficas *casas altas* de la «Quinta Avenida,» en dos rayas paralelas, á mis lados. Hay en ellas más estilo; mejor dicho, hay en ellas todos los estilos, y todos esos estilos se suceden horizontal ó verticalmente: aquí hay una puerta profunda como la de una basílica gótica, allá un primer cuerpo románico, más allá triunfa el Renacimiento, enfrente se pavonea el púrpura negro en grandes columnas, acullá el rojo vetado de blanco. Encima de estos pisos bajos hay también una sucesión vertical de estilos, Pelión sobre Osa; lo bizantino sobre lo árabe, lo italiano de los *quattrocenti* sobre arcadas ojivas lanceoladas ó floridas, etc., etc. Entre todo este *pot-pourri* de arte, los grandes escaparates donde se muestran, ó carruajes, ó mobiliarios espléndidos, ó artículos de moda lujosísimos, ó ejemplares de arte, pinturas, grabados de alto precio, y así, sin cesar. La monotonía viene de lo igual en lo enorme, no de lo igual en la forma, porque todas las formas del arte del diseño, chocan aquí y desorientan la vista y desmenuzan la atención. Probablemente depende esto de mis ojos poco educados por el monumento y habituados casi exclusivamente á la estampa y al estereoscopio.

Rompen este alineamiento de caserones con bases de palacio, cuerpos de fábrica y coronamientos de templo ó de fortaleza, una que otra iglesia protestante, obscura de fachada y cubierta de parietarias, ó un estanque gigantesco (*reservoir*), encerrado en

muros ciclópicos, totalmente vestidos por la primorosa hojilla lanceolada de una hiedra japonesa muy de moda aquí.

Llegamos á *Madisson Square*, y me senté rodeado de italianillos nacidos en New York, que hacen un curioso mosaico anglo-napolitano al conversar con sus clientes latinos, mientras dan lustre á los botines. Hermoso parque inglés éste, decorado por un monumento á la gloria de los triunfadores en la guerra de México, del que es permitido no hacer caso, en segundo lugar, porque no vale nada. Más agradable es contemplar la gran estatua sedente de Mr. Seward, de un parecido sorprendente; un buen viejo era éste; yo le dije ciertos versos muy tontos, cuando era colegial, en el salón de Embajadores, y como no los comprendió (¿los comprendía yo?), lo conmovieron, á juzgar por un sonoro y húmedo beso que me estampó en una mejilla. *Good by Mr. Seward*. Y tomamos en seguida la próxima estación del *elevado*; yo abría tomado mejor el próximo restaurant.

Tiene toda mi aprobación este invento de los ferrocarriles elevados, ó como aquí dicen todos: el *elevado* ó *the L*, sencillamente, conduciendo por término medio un millón de pasajeros diariamente; los trenes del *elevado*, que se siguen con intervalos de dos á tres minutos en el día, y de diez por la noche, van y vienen á lo largo de varias avenidas desde lo más alto de la ciudad, desde el río Harlem y de más allá, hasta la punta de la isla, hasta lo que se llama *La Bateria*. La vía, de hierro y madera, está construída, sobre columnas fundidas, á la altura de los primeros pisos en la ciudad baja, y á la de los más altos, á veces, en la superior; allí, hacia el Harlem, los trenes van al nivel de los tejados de casas de doce y quince pisos, sobre tinglados de fierro que parecen nacidos de la torre Eiffel; desde allí se domina el Parque Central y gran parte de la ciudad; merece verse. A veces, en una sola avenida se alínean dos vías separadas; suelen, sin embargo, ir juntas en una armazón sola que sirve casi de techo al pavimento inferior, por donde discurre otro millón de pasajeros

en wagoes funiculares ó de tracción animal y en toda clase de vehículos; nadie anda á pie, sino el menor espacio posible, y cuando estos señores van á pie, van corriendo á buscar la escalera del *elevado*, ó á subir en la primera bocacalle á la plataforma de un wagón de cable. *Et sic semper*.

Llegamos á *Down Town* que es un laberinto de callejas tortuosas, la antigua *Nueva Amsterdam* de los holandeses, circundada y penetrada por la vieja New-York. Es un triángulo erizado de muelles (*docks*) en sus catetos; los transatlánticos, los ferrys y mil embarcaciones de toda especie zumban en derredor de esos *docks*, ó inmóviles como cetáceos colosales hacen sus formidables digestiones de artículos de exportación, en cambio de baratijas ó de emigrantes.—En este triángulo, el mundo entero está presente en vertiginosas transacciones comerciales, y todos los representantes del comercio del mundo han querido tener ahí un despacho, un mostrador, un libro de cuentas; por eso el terreno tuvo una demanda enorme y todo quedó distribuído en proporciones de siete metros y medio de frente; entonces, para dar cabida á esta enorme población diurna de la transacción y del lucro, sobre un piso vino otro y veinte más, y los arquitectos americanos, preocupados bien poco del arte, y gobernados por la necesidad de conquistar en el aire lo que no era lícito tener en el suelo, y de buscar en sus construcciones mucha resistencia contra el viento y contra lo deleznable del piso, han hecho maravillas de solidez frágil; empeñados en tener en sus fantásticas torres todo el *confort*, toda la comodidad característica de la cultura yankee, inventaron los *elevadores* y otra porción de cosas que es preciso que nuestros arquitectos vayan á estudiar allí, *sur le terrain*, porque cada una de ellas significa una dificultad vencida á fuerza de cálculo, un problema resuelto á fuerza de ingenio. Y así es como se han puesto de moda en New-York y en toda la Unión, estas casas que los americanos llaman con cierto orgullo «rasca nubes» *sky-scrapers*. Pronto estas torres serán de acero, ó de vidrio, ó de aluminio, y subirán (hay una en construcción de 25 pisos y otra de 32 en proyecto para el *Sun*,

popular periódico de aquí), á 140 metros. Supongo que habrá que tener entonces encendida la luz eléctrica todo el día en las calles de esta Babilonia.

D. Juan Navarro, cónsul general de México en New-York, ha situado su despacho en uno de esos edificios de oficinas, que, como todos, en esta parte de la ciudad, tienen las bases minadas de cantinas y restaurants para lonchar rápidamente; Don Juan Navarro ha visto crecer rumbo al Norte y rumbo al cielo, esta ciudad hipertrofiada de gente y de dinero que él encontró modestamente instalada entre *Madisson Square* y la Batería. ¿Qué, es tan viejo el señor cónsul? ¡Oh! no; tiene la coquetería de dejarse decir que ha pasado de los cincuenta; yo creo que no. Habla y discurre como cuando estudiaba en *Medicina*, tan jovial, tan franco y tan *cientista* como un estudiante, y anda todos los días dos ó tres leguas por *Broadway*; bebe poco, usa el agua fría y se acuesta temprano. El cónsul verá celebrar el segundo centenario de la Independencia de los Estados Unidos. *Amén.*

Una hora habíamos empleado en ir y venir por *Wall-Street* (este era el límite de la vetusta ciudad), y comenzaban á aburrirme infinitamente los movimientos rápidos, mecánicos y silenciosos de aquella multitud sin solución de continuidad, y me parecían tontas las columnatas de la sub-tesorería de los Estados Unidos y sin gracia la Bolsa, y soso el cielo gris y la atmósfera que mojaba los vestidos, casi sin lluvia, cuando nos encontramos con una iglesia amarillenta, de un gótico serio y viejo, junto á un cementerio lleno de piedras sepulcrales. Aquí estaba la antítesis, luego la poesía; y sí, aquí estaba la poesía; esta es *Trinity Church*, como si dijéramos la catedral protestante de New-York. Me pareció mucho menos bonita que San Patricio; aquellas naves espléndidas, aquellos *vitrales* inmensos regalados por los ricos irlandeses, aquel *altar mayor*, que me hizo tan agradable impresión y del que ya no me acuerdo, no pueden compararse á este interior de la Trinidad. Este me gusta más; es más viejo

¡oh! sí; las vidrieras son más pequeñas, los órganos no son tan soberbios, todo es más pequeño ¡y tan desnudo! En el ábside una gran vetusta sillería tallada en nogal ó encino, y su campamento al lado y *Wall-Street* en frente. Esta impresión se filtra hasta el fondo del alma; hay algo allí que hace resonar dulcemente la cuerda de arpa de los sueños ya no soñados, de las esperanzas lloradas secretamente hace tiempo, y entonces el órgano que todos llevamos en la abandonada capilla de nuestro sentimiento religioso, canta el cántico lejano de las primeras creencias, de los humildes altares de la iglesia natal, y veinte generaciones de creyentes surgen en nuestro corazón y se postran ante Jesús, el fundador de los templos pobres, el maestro de los apóstoles sin brocado, sin oro.